una explicación de ellas que, con más detalles, se reduce á los mismos términos.

VIRGINIUS, VIRGINIA.—Debemos una explicación sobre esta fórmula, que se encuentra algunas veces en las inscripciones cristianas desde fines del siglo III, y que puede ser una dificultad para los principiantes; porque han existido anticuarios que quisieron ver en ella nombres propios. El primer ejemplo de fecha cierta que tenemos de esta expresión lo facilita un epitafio de Roma del año 291, que Boldetti ha publicado el primero (pág. 87) y que M. De'Rossi reproduce con más exactitud (t. I, n. 17); un esposo dedica á su esposa, Cervonia Silvana, este elogio: Ex VIRGINIO TVO BENE ‖ MECO (MECVM) VIXSISTI LIB. ENIC ‖ ONIVGA INNOCENTISSI ‖ MA; lo que quiere decir: *Bene vixsisti mecum libenter, qui fui virginius tuus*, es decir, *conjux ex virginitate*; «tú has vivido sabiamente conmigo, que he sido tu *virginius*, es decir, conmigo, que no he tenido otra esposa antes que tú, oh esposa mía inocentísima, Cervonia Silvana».

Los primeros cristianos daban, pues, este nombre á los que habían contraído un primer matrimonio: el esposo llamaba su *virginia* á la mujer que se había casado virgen, *et quidem virginem duxit*, dice Reinesio (Class., XIV, n. 3), y la mujer llamaba su *virginius* al esposo que no había conocido otros lazos. Agradaba marcar en las tumbas la duración de estas uniones afortunadas, preferidas por la Iglesia, que, en la pureza de su moral primitiva, no concedió nunca sino una simple tolerancia á las segundas bodas: EVDOXIAE CARISSIMAE FEMINAE..... FECIT CVM VIRGINIO SVO ANNOS..... (De'Rossi, n. 346).—SABINIANVS..... CVM VIRGINIA SVA..... (ídem, n. 363). También leemos en un bello mármol de San Ambrosio de Milán (Ferrari. *Monum. De S. Ambrogio.*, página 55), de NONNITA, mujer del exorcista SATVRVS: QVI (*sic*) VIX. CVM. VIRGINIUM SVVM. AN. XVIII. ET MEN. III. DIEX. X.—Citemos todavía ésta, publicada por Boldetti, pág. 369, y que encierra un tierno elogio á la castidad y al pudor de la *virginia* Atilia: CASTITATIS PVDICITIAE ATI ‖ LIAE FECIT VICTOR VIRGINIAE ‖ SVAE QVI VIXIT CVM EO (*sic*) ANNIS XIII.—En otras partes (De'Rossi. *Roma sott.*, III, tav. XXIV): MARITVS VIRGINIAE SVAI (*sic*).

Esta fórmula parece ser más rara en nuestra Galia; tenemos, sin embargo, en la colección de M. Le Blant (I, 400) un epitafio de Tréveris que ofrece un interesante ejemplo: «Aquí descansa en paz VALENTINA, fiel (es decir, bautizada), que ha vivido veintiocho años y cinco meses: GERMANIO SU VIRGINIVS, y sus hijos, le han dedicado este título, TITVLVM, en testimonio de su cariño.»

Por lo poco que hemos dicho, se ve que Spon (*Mélanges d'antiq.*, pág. 245) se equivoca al interpretar la fórmula que nos ocupa como un testimonio de fidelidad conyugal: *Qui fidem maritalem nunquam violarunt.* Guasco (*Mus. capitol.*, n. 390) no es más verdadero cuando afirma que debe entenderse de aquellos que, voluntaria ó forzosamente, conservaron la virginidad en el matrimonio, *qui aut sponte aut invite virginitatem etiam in conjugio servarunt.* Esta opinión está desmentida por el epitafio de VALENTINA que acabamos de citar: esta mujer tenía hijos, puesto que se asociaron á su padre para cuidar de su sepultura. No es dicha opinión menos opuesta á los datos que nos facilita el mármol de NONNITA, mujer del exorcista SATVRVS, mármol que lleva también el *titulus* de su hija MAVRA, casada en las mismas condiciones que su madre: VIXIT. CVM VIRGINIO. SVO. AN. VI. M. VIII. DIES. XV. PECORIVS. VIRGINIVS. EIVS..... POSVIT. Esto resulta también implícitamente de otras muchas inscripciones, de la de VALERIA JVSTINA, por ejemplo: C. LVSIO. LVCIFERO..... VIRGINIO. ET. CONIVGI SVO. CVM. QVOD. CONVIXIT. ANNIS..... (Gruter, pág. 1143, 3). Todavía tenemos en Muratori (1342, IV) la de FELICIANVS, quien.....: FECIT SIBI. LOCVM. ET MAXIMINAE. VIRGINIAE. SVAE. CASTISSIMAE. ET DVLCISSIMAE. Terminaremos por un curioso epitafio escrito en caracteres retrógrados, publicado por el P. Lupi (*Epitaph. Sev.*, pág. 151), el de ELIA VINCENTIA QVAE VIXIT ANNVS XVI (*sic*) MESIS (MENSIBVS) II. CVM VIRGINIUM SVVM.

Si es cierta la interpretación que acabamos de dar de la palabra VIRGINIUS, no excluye absolutamente otro sentido en el cual ha podido ser empleada como excepción. Así no dudaríamos en considerar esta palabra como un nombre propio en esta patética inscripción (Boldetti, pág. 407): BIRGINIVS. PARVM. ISTETI ‖ AP. N. (*Parum stetit apud nos*), «Virginio ha permanecido poco tiempo entre nosotros.» Este es, probablemente, el epitafio de un niño muerto en tierna edad.

VIRTUDES Y VICIOS. (SUS REPRESENTACIONES SIMBÓLICAS.)—En la Edad Media es, sobre todo, cuando el arte cristiano se ejercitó en este género de simbolismos. Así, en una de las puertas de bronce del bautisterio de Florencia, ejecutada en 1330 por Andrés de Pisa, se ven la Esperanza y la Caridad representadas por dos figuras humanas, una con las manos juntas, la otra con una antorcha encendida. Citamos este hecho, colocado, por su fecha, fuera de los límites que nos hemos impuesto, y al cual podríamos agregar el de Giotto pintando, según las concepciones alegóricas del Dante, en uno de los muros de la famosa capilla de l'Arena, en Padua, las personificaciones de las virtudes y de los vicios (véase J. J. Ampère, *Voyage Dantesque, Padoue*), porque el tipo se encuentra exactamente en la antigüedad. Podemos señalar un ejemplo de esto en un rico sarcófago del cementerio

del Vaticano (Bosio, *Roma sott.*, pág. 75) donde estaban enterrados los cuerpos de los Papas León I, II, III y IV. En el friso que existe encima de un arco elegante protegiendo á Nuestro Señor de pie, rodeado de sus discípulos, se ven dos figuras de medio cuerpo, una de las cuales, que, según la interpretación de los sabios, sería la Esperanza, junta las manos y levanta los ojos al cielo, y la otra tiene una antorcha encendida y sería el símbolo de la Caridad, virtudes que brillaron con tan vivo esplendor en los Apóstoles.

Esta costumbre de representar con figuras humanas las virtudes y los afectos morales, es muy antigua, tanto entre los escritores como entre los artistas. Esto es lo que confirma San Paulino (*Epist.* XVI, núm. 4, edit. París, 1685): *Et Spes, et Nemesis et Amor, atque etiam Furor in simulacris coluntur*, «y la Esperanza, y Némesis y el Amor, y también el Furor, están figurados en simulacros». Los poetas cristianos se complacieron también en dar, en sus versos, un cuerpo á las virtudes y á los vicios. Así Prudencio pinta como sigue la FE y su actitud militante sobre la tierra (*Psychom.*, V, 21):

> Prima petit campum dubia sub sorte duelli
> Pugnatura FIDES, agresti turbida vultu,
> Nuda humeros, intonsa comas, exserta lacertos.

«La primera en penetrar en campo cerrado é incierto por el éxito del duelo, —Es la Fe, armada para el combate y presentando una faz adusta, — Desnudos los hombros, flotante la cabellera, los brazos tendidos.»

Pero, volviendo á los artistas, vemos en el manuscrito del *Génesis*, perteneciente á la Biblioteca Imperial de Viena, á la Penitencia representada bajo la figura de una mujer; y en las páginas 4 y 5 del *Dioscórides*, escrito á principios del siglo VI, una mujer también con la mandrágora en la mano, la cual representa la *Invención*, como lo confirma su nombre griego escrito encima de su cabeza, ΕΥΡΕCIC; en la pág. 6 del mismo manuscrito están á los lados de Juliana Anicia, hija de Anicio Olibrio, la *Prudencia* y la *Magnanimidad*, ΦΡΟΝΗΣΙΣ y ΜΕΓΑΛΟΦΥΕΙΑ. También está allí la *Acción de gracias*, ΕΥΧΑΡΙΣΗΑ, que está inclinada hasta el suelo delante de esta princesa, y parece besar sus pies.

Pero lo que vale más todavía para nuestro asunto, es que, entre las lámparas que menciona Fortunio Liceti (*De lucernis antiq.*, lib. III, cap. 10), se encuentra una en la que están pintadas dos figuras simbolizando, según la opinión de este sabio, la Fe y la Esperanza; y lo que da mucha probabilidad á su opinión es que la que él cree representar la Esperanza, está precisamente en la actitud de la figura del sarcófago citado más arriba, es decir, que tiene las manos juntas y levantadas, y que además dobla la rodilla izquierda.

Un mosáico, probablemente del siglo VII, descubierto cerca de la catedral de Pavía en 1854, ofrece figuras cuya atribución no es dudosa, porque los nombres están escritos al lado de las personificaciones. Son la *Crueldad* que combate con la *Impiedad*, y la *Fe* que aterra á la *Discordia*. Este último asunto sería, si se admitiese la interpretación del P. Mozzoni (*tav. cron.*, sec. VIII, pág. 93), alusivo á la terminación del cisma de Aquilea, acontecimiento que tuvo lugar en 552. Se encuentra en un mosáico de Cremona, casi de la misma época. Damos aquí este fragmento, porque es el mejor conservado (Mozz. *Op. et loc. laud.*).

Basta esto para demostrar que si estas especies de emblemas ó de alegorías son raras en la antigüedad propiamente dicha, no fueron nunca, sin embargo, extrañas ni contrarias á su espíritu.

VÍSPERAS.—Véase el artículo *Oficio divino*, III.

VIUDAS CRISTIANAS.—Además de las vírgenes que profesaban solemnemente la virginidad perpetua (véase el artículo *Vírgenes cristianas*), la Iglesia primitiva consagraba también á Dios las viudas que se obligaban á perseverar hasta la muerte en la viudez; San Jerónimo (*Epist.* XXVI) llama á este estado el *segundo grado de castidad*, y Tertuliano (*De veland. virg.*, IX), *viduat, viduatum.* En Roma, una noble viuda, Marcela, abrazó este género de vida á instancias de San Atanasio, que había venido á la capital del mundo cristiano huyendo de la persecución de los arrianos (Hieron. *Epist.* CXXVII): esta matrona fué la primera en establecer un monasterio propiamente dicho, *propositum monacharum*, aunque desde los siglos de persecución se hubiese visto un número considerable de vírgenes y de viudas consagradas á Dios, pero viviendo particularmente (véase el artículo *Vírgenes*).

Menos solemne que la de las vírgenes, la consagracion de las viudas podía tener lugar todos los días sin distinción (Gelas. *Epist.* IX, c. 13. *Ad episc. Lucan.*); la hacía el obispo, no en la iglesia, sino en el *secretarium* ó sacristía, y un sacerdote estaba encargado de enviar á las viudas el velo bendito por el obispo y el

hábito viudal de que se revestían (*Concil. Arausic.*, I, can. 27). No se admitían á la consagración sino las que habían sido casadas una sola vez: *Vidua eligatur*, dice San Pablo (1 *Tim.*, V, 9), *quæ fuerit unius viri uxor*; Salviano dice (*Epist.* L) *unibyria* y Prudencio (*Hymn. in Laurent.*):

Primi post damnum thori ignis secundi
Nesciæ.

También era necesario que, después de la muerte de sus maridos, hubieran pasado cierto número de años en un estado de intachable castidad, verdaderas viudas, reuniendo las condiciones exigidas por San Pablo (1 *Tim.*, V, 3) para ser distinguidas: *Viduas honora, quæ vere viduæ sunt* (véase *Const. Apost.*, VIII, 15).

Entre las viudas llamadas *eclesiásticas*, para diferenciarlas de las que seguían viviendo en el mundo, se elegían las diaconisas. Usaban un traje que se asemejaba mucho al de nuestras religiosas; lo que autoriza á deducirlo así, al menos para las Galias, es el vestido que llevan dos viudas que figuran en la representación de la resurrección de Tabithe en uno de los extremos del sarcófago dicho de San Sidonio, en Aix, en Provenza (véase *Monum. de Ste. Madeleine*, col. 767). Estas mujeres, que están de pie en el dormitorio, tienen los cabellos completamente ocultos por un pañuelo que baja hasta la mitad de la frente, y recubierto con un velo que cae hacia atrás. La túnica es cerrada, y la garganta está cubierta por una especie de papalina. A continuación reproducimos esta figura.

Estas viudas consagradas á Dios tenían una grande importancia en la Iglesia; desempeñaban varios ministerios para con las personas de su sexo: estaban especialmente encargadas de la instrucción de los catecúmenos, y los acompañaban en su bautismo cuando era administrado por inmersión; velaban porque los matrimonios fuesen tan religiosos como era posible: *Matrimonium postulas*, dice Tertuliano (*De monogam.*, II), *ab episcopo, presbyteris, diaconis, viduis*. Preparaban las mujeres para la penitencia pública: *Prosternis in medium ante viduas, ante presbyteros* (ídem. *De pudicit.*, c. XIII). Tomaban parte en la salmodia de los clérigos, como se ve en San Crisóstomo y en Eusebio de Cesárea (*Hist. eccl.*, VII, 24). Llevaban á las prisiones auxilios y consuelos á los confesores de la fe, y el autor del diálogo *Peregrinus*, que no es otro que Luciano, según la opinión común, ridiculiza el celo de estas piadosas viudas, celo que él no podía comprender. También encontramos con frecuencia en sus epitafios esta fórmula, sorprendente para las personas poco familiarizadas con la disciplina de la Iglesia primitiva: VIDVA SEDIT, *ha estado sentada*, en calidad de viuda, veinte años, treinta años, etc., absolutamente como para los obispos y los sacerdotes; RIGINE VENEMERENTI FILIA SVA FECIT || VENERIGINE MATRI VIDVAE QVE SE || DIT VIDVA ANNOS LX..... (Marini. *Iscriz. Alban.*, pág. 195). También leemos en un fragmento de piedra en Boldetti (pág. 452): VIDVA SEDIT (véase también Fabretti, VIII, 1.—Murat., pág. 1825, n. 11, etc.). Esta expresión alude á la silla, *cathedra*, en la cual se sentaban las viudas cristianas para enseñar, y nadie duda que varias de las que se ven en los pasadizos de las catacumbas les estuviesen destinadas. Tertuliano habla claramente del asiento de las viudas y explica las condiciones que deben reunir para ser dignas de sentarse en ellos (*De veland. virgin.*, VIII): *Ad quam sedem* (θρόνον) *præter annos sexaginta non tantum univiræ, id est nuptæ, aliquando eliguntur, sed et matres*, etc., «para este asiento (trono), además de la edad de sesenta años, no pueden ser elegidas las viudas sino cuando han sido casadas una sola vez y son madres». Y tal era la consideración que se unía á este título de viuda eclesiástica, *honorificentia larga defertur*, dice San Ambrosio (*Lib. de viduis.*, II, 8), que los mismos obispos las rodeaban de honor y de respeto, *ut etiam ab episcopis honorentur*.

Las viudas cristianas eran en gran número en cada Iglesia: la de Roma contaba en tiempos del Papa Cornelio (*Epist.* IX. *Ad Fabian.*) 1.500, comprendiendo en ellas las enfermas. Estaban mantenidas á expensas de la comunidad (véase el artículo *Matrícula*), y si ellas proveían á su propia subsistencia, no dejaba de mencionarse esta circunstancia en su tumba con la fórmula siguiente: *Ecclesiam nunquam ó nihil gravavit*, que particularmente se lee en el epitafio de la viuda DAFNE, copiado por el P. Marchi (*Monum. delle arti crist.*, pág. 98), y en el de la misma RIGINA citado más arriba: ET ECLESA (*sic*) NVMQVA (*sic*) GRAVAVIT VNIBYRAQVE. Las colecciones de inscripciones contienen un gran número de *tituli* de viudas cristianas (véase Gruter y Reinesius, en la tabla.—Fabretti, páginas 545, 559 *et alibi*). Tenemos en nuestro gabinete un

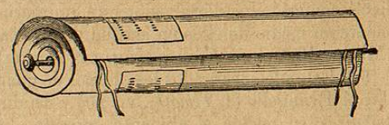
mármol de Roma en el que se lee ésta: FAELICLA. BIDVA. TECVMPACE.

Por regla general, pueden considerarse como mujeres consagradas á Dios y á la práctica de las buenas obras, todas aquellas cuyo epitafio lleva la calificación de VIDVA. Porque este título no se lee nunca, que sepamos, en las tablitas fúnebres, muy numerosas, sin embargo, consagradas á los maridos por sus mujeres.

VIVAS IN DEO.—Véase el artículo *Aclamaciones*, I.

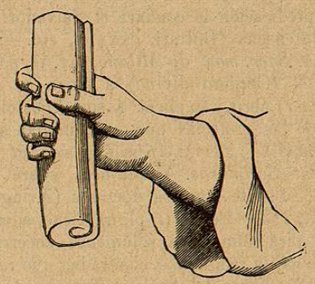
VOLÚMENES en los monumentos cristianos.—El término volumen, *volumen*, designa, como se sabe, una especie de libros que eran de uso general entre los pueblos de la antigüedad, Hebreos, Egipcios, Griegos, Romanos, etc., y que los modernos han totalmente abandonado, sin duda como demasiado difíciles de manejar. Se componían de una serie más ó menos extensa de hojas de papiro ó de pergamino colocadas unas á continuación de las otras, que ofrecían el aspecto de un cilindro cuando estaban arrolladas alrededor de su eje. Esto es lo que expresa la palabra *volumen*, derivada de *volvere* «rodar», nombre que servía para distinguirlos de los libros enteramente primitivos, *libri*, cuya materia provenía de la corteza de ciertos árboles, y de los códices, de *caudex*, según Séneca (*De brevit. vit.*, XIII), los cuales consistían en una reunión de hojas separadas, unidas con cola por el lomo, como nuestros libros modernos (Véase Lami. *De erudit. apost.*, pág. 727 *et alibi*). En la obra de Donati puede verse (*De dittici degli antichi*, página 17) un volumen antiguo enrollado y provisto de todos sus accesorios.

Reproducimos, según Montfaucon, un volumen casi semejante. No está completamente cerrado, la extremidad de la cubierta está algo levantada, y las correas que sirven para atarla, *lora*, cuelgan en los dos extremos. El volumen está arrollado alrededor de su cilindro, cuyas dos extremidades se perciben, *umbilici*. Una de estas extremidades está provista de su cabeza, la otra carece de adornos. Una hoja de vitela más fina que la de la cubierta está pegada sobre ésta para recibir el título de la obra, del que se distingue una parte.



Los volúmenes se llamaban algunas veces, en la lengua eclesiástica principalmente, *rotulæ. Patriarchæ et prophetæ*, dice Durand (*Ration. div. off.* l. I, c. 3, n. 11), *pinguntur cum* ROTULIS....., «los patriarcas y los profetas están pintados con *rótulos*». También citaremos este texto de Anastasio el Apocrisiario (*Ap. Sirmond. Opp.*, t. III, pág. 579: *Misi ad præsens..... rotulam habentem testimonia ex dictis S. Hippolyti episcopi Portus Romani*, «he enviado un *rótulo* donde están escritos testimonios con motivo de los discursos de San Hipólito, obispo de Puerto Romano».

I. En la antigüedad, el volumen era un insigne ornamento: se le colocaba en los monumentos, en la mano de Polimnia, musa de la retórica: las estatuas y los bajos relieves ofrecen también un rollo en la mano de los retóricos y de los oradores. Con este atributo aparece la estatua de Augusto en el museo del Vaticano (*Mus. Pio-Clem.*, II, 45); este príncipe, de pie, con la toga, lleva un volumen en la mano izquierda, y con la derecha hace un gesto de alocución. El volumen era también el



atributo de los senadores y de los personajes distinguidos.

Quizás sea ese el primer origen de las representaciones análogas que encontramos á cada paso en los monumentos del cristianismo primitivo. Es indudable, no obstante, que el *volumen* ha tenido, entre los primeros cristianos, una significación independiente, basada en el genio de la nueva religión, y también una significación especial para cada una de las clases de personajes á que se ha atribuído, y á que pasaremos rápida revista.

1.º Dios Padre. Un sarcófago de las catacumbas (Bottari, LXXXIV) presenta á Dios bajo la figura de un anciano, de pie, con un volumen en la mano izquierda, y extendiendo la derecha en señal de alocución, absolutamente á la manera antigua, hacia Moisés, ordenándole se quite su calzado para acercarse á la zarza ardiente. En un bajo relieve del siglo VI, que representa el bautismo de Agilulfo, rey de los Lombardos (Ciampini. *Vet. mon.*, II, tab. V), se ve, sobre la cabeza del neófito, una mano, figura habitual de Dios Padre en los monumentos antiguos, teniendo un volumen, que es el símbolo de la fe.

2.º Los patriarcas y los profetas de la antigua ley (véase el texto de Durand citado más arriba). Así aparece Moisés rompiendo la roca (Bottari, XLIX, *et passim.*), pero únicamente en los sarcófagos. En otras partes no tiene el vo-

lumen, que es el símbolo del poder que Dios le había dado para obrar milagros en favor de su pueblo. Sólo en algunos fondos de copa no está el volumen en la mano de Moisés, sino en el fondo, detrás de su cabeza (Garrucci. *Vetri.*, tav. II, 10).

3.º Nuestro Señor, en los bajos relieves de los sarcófagos y en los mosáicos, está casi invariablemente representado con un volumen en la mano izquierda. Este volumen está desenrollado: 1.º, cuando da sus poderes á San Pedro, como en una multitud de sarcófagos, y de una manera más distinta todavía en el mosáico de Santa Constanza, debido, como se sabe, á la munificencia de Constantino (Ciamp. *De sacr. ædif.*, tab. XXXII); en el filacterio que presenta al Príncipe de los Apóstoles, están escritas estas palabras: DOMINVS PACEM DAT, lo que recuerda el *Evangelio de la paz* (*Ephes.*, VI, 15), cuya predicación le confiara el Salvador; 2.º, cuando enseña (Bottari, CXXXIII, etc.—Allegranza. *Sacr. mon. di Milano*, tav. I), porque es á él (Cordero divino) á quien es dado (*Apoc.*, V) abrir y explicar á sus Apóstoles el libro de las profecías que se cumplían en su persona (Luc., XXIV): *Aperuit sensum, ut intelligerent Scripturas.* Y entonces, sobre todo cuando discute con los doctores (Aringhi I, 579; II, 213.—Perret II, pl. L), tiene, además, á sus pies numerosos volúmenes encerrados en una cajita redonda ó cuadrada, que representan los libros del Antiguo Testamento, los cuales invocaba con frecuencia en sus discusiones (véase el artículo *Scrinia*).

Está enrollado el volumen cuantas veces Nuestro Señor obra algún milagro, por ejemplo, la curación del ciego de nacimiento (Bottari, CXXXVII), la del paralítico (LXXXVIII), el cambio del agua en vino (LXXXIX), la curación de la hemorroisa (ibíd.) En algunos casos, en la resurrección de Lázaro, por ejemplo (Bottari, XXXII, XXXVI), tiene el volumen abierto. ¿Es para recordar que nuestro Salvador había declarado que este milagro debía ser una muy especial manifestación de la verdad de su doctrina por el brillante ejercicio del poder que su Padre le había dado? *Infirmitas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam* (Joan., XI, 4), «esta enfermedad no va á la muerte, sino que es para la gloria de Dios, á fin de que el Hijo de Dios sea glorificado».

Nuestro Señor tiene el volumen enrollado en un bello fresco de las catacumbas trasladado al museo del Vaticano, y que ofrece el único ejemplo antiguo de la cena que se ha descubierto hasta ahora (Perret, I, pl. XXIX). Debemos indicar de nuevo esta singularidad, para nosotros inexplicable, de que las pinturas de las catacumbas, así como los fondos de copa, ofrecen constantemente sin el volumen á Nuestro Señor obrando sus milagros, mientras que lo tiene siempre en las esculturas de los sarcófagos.

4.º San Pedro y San Pablo. Los volúmenes que llevan en la mano representan sus obras canónicas. Pero con frecuencia los vasos dorados llevan, en el campo, otro volumen entre los dos Apóstoles, lo que significa, según los más sabios intérpretes, que el Evangelio es uno, y también que la predicación de San Pedro y de San Pablo era idéntica (Tertul. *De præscr.*). Este volumen está casi siempre dominado por una corona (Garrucci. *Vetri.*, tav. XIII), la cual figuraría la *corona* del reino celestial, cuyo Evangelio, es decir, la *buena nueva*, es la predicación, *Evangelium regni* (Matth. IV, 23).

Los mosáicos representan algunas veces á estos Apóstoles con volúmenes desenrollados, en los cuales se leen sentencias relativas á alguna circunstancia memorable de su vida. Así, en el del ábside del antiguo Vaticano (Ciampini. *De sacr. ædif. a Constantin. M. construct.*, tab. XIII), San Pedro lleva en la mano un filacterio en el que están escritas estas palabras: TV ES CHRISTVS, FILIVS DEI VIVI, «tú eres Cristo, hijo de Dios vivo», profesión de fe que había pronunciado el Príncipe de los Apóstoles cuando el Divino Maestro, en el acto de nombrarlo jefe de su Iglesia, le dirigió esta interpelación: «Y vos, ¿quién decís que yo soy?» *vos autem quem me esse dicitis?* (Matth., XVI, 16). En el mismo cuadro, San Pablo, de pie al otro lado del Salvador, que está sentado en una cátedra de elegante forma, tiene en su volumen estas palabras de su *Epístola á los Filipenses* (I, 21): MIHI VIVERE CHRISTUS EST, «Cristo es mi vida»; ¡sublime arranque de esta alma de fuego, que tan completamente se había identificado con su Salvador! En otras partes, es decir, en Santa Constanza (ídem, ibídem, tab. XXXII, fig. 1), es el Salvador quien da á San Pedro un volumen abierto en el que se lee esta sentencia, que expresa la paz que él llevaba á todo el mundo, y cuyo Apóstol debía ser el ministro, monumento ya citado: DOMINVS PACEM DAT, alusión á estas palabras: *Pacem meam do vobis* (Joan. XIV, 27).

5.º Los Apóstoles en general. También tienen casi siempre el volumen en la mano, ya en los mosáicos, ya en los bajos relieves (Bosio.—Aringhi, *passim.*—Ciampini. *Vet. monim.*, t. I, tab. LXVI); es la señal del poder de predicar el Evangelio que Jesucristo les había conferido, y el Salvador está ordinariamente en medio de ellos en actitud de enseñar (Millin. *Midi de la France.*, pág. LIX *et alibi*).

6.º Estando encargados los obispos de guardar el Evangelio (1 *Timoth.*, VI, 20) y de distribuir á su pueblo el alimento sagrado, los presentan siempre los monumentos antiguos con este libro divino en la mano izquierda. En los mosáicos (Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XXIV), los dípticos (Paciaudi. *De cult. S. J. B.*, páginas 230, 260) y las pinturas de una época algo moderna, es un libro cuadrado, ricamente

encuadernado, *codex;* pero en los tiempos primitivos era un *volumen:* testimonio de ello una imagen de San Cipriano, trazada en un fondo de copa de las catacumbas (Garrucci. *Vetri.*, XX, 6). El obispo mártir, cuyo nombre está escrito según la ortografía defectuosa del dialecto popular, CRIPRANVS, tiene además un volumen colocado en posición vertical á sus pies. También pueden citarse San Justino y San Timoteo (Garrucci, ibíd. XXIV, 3); y debe observarse que, además del volumen en la mano, el último tiene siempre otro detrás de él, en el campo dorado del vaso; ¿no aludiría este volumen á las dos epístolas que San Pablo le había dirigido?

7.º Los diáconos. El Evangelio era la insignia principal de su ministerio. También llevan el volumen en la mano izquierda, como los obispos mismos (Garrucci, XXII, 6). Tenemos un fondo de copa donde se observa la extraña particularidad de que San Lorenzo, con el volumen en la mano, está sentado entre San Pedro y San Pablo (Buonarr. *Vetri*, tav. XVI, 2), los cuales, por su rostro animado y por su gesto de alocución, parecen ocupados en instruir á este diácono (véase el artículo *Lorenzo* (*San*).

8.º Los lectores tienen también el volumen como atributo, porque su oficio era leer las Santas Escrituras en la iglesia. Así se cree reconocer un memorial de la ordenación de dos lectores, en dos adolescentes á los cuales Nuestro Señor impone las manos, en un vaso dorado (Buonarruoti, tav. XVII, 2), y los cuales tienen cada uno un volumen en las manos (véase este asunto grabado en nuestro artículo *Lectores*).

9.º En los monumentos referentes al matrimonio, los bajos relieves de algunos sarcófagos bisomos, por ejemplo (Bottari, tav. CXXXVII.—Maffei. *Verona illustr.*, part. III, pág. 54), el esposo tiene en la mano un volumen que representa, se cree, el contrato de la dote, *tabulæ nuptiales*. Algunas veces se ven también á los pies del esposo tres ó cuatro volúmenes puestos de pie, denotando, según las apariencias, los diversos cargos ó magistraturas de este personaje. Los *volúmenes* de esta clase eran llevados por esclavos detrás de los patricios romanos, llamados en los mármoles antiguos, tan pronto *a libellis* (Gruter, 587, nn. 9 y 10), tan pronto *a diplomatibus* (Doni, class. XVII, n. 22). Los vasos dorados tienen ordinariamente los volúmenes pintados en el campo (Buonarr., tav. XXVIII.—Garruci, XXVII, 1); pero aquí, como en ciertas *imagines clypeatæ* de los sarcófagos, sería posible que el volumen no se refiriese sino á la dignidad del personaje, porque éste está casi siempre adornado de la túnica laticlavia senatorial.

II. Además de los volúmenes llevados en la mano por los diversos personajes de que hemos hecho una enumeración necesariamente incompleta, se notan otros diseminados en el campo de un gran número de vasos dorados (Garrucci, XVIII, 5, 6; XVII, 1, 5, etc.), y á los cuales sería muy difícil conceder una significación algo plausible. Tal es el que Buonarruoti publica en su lámina XX, y que, según él, representaría á Santa Felícitas y sus siete hijos. Sea de ello lo que quiera, estas ocho figuras, vistas en busto y en otros tantos medallones, salvo una sola que está de pie, están colocadas entre dos volúmenes, los cuales, si se admite la atribución del anticuario florentino, podrían representar los libros de la palabra divina, por la cual estos héroes cristianos habían derramado su sangre.

Dos volúmenes atados juntos á los pies de una *orante* (Bottari, XIX) serían una señal de ortodoxia, indicando que esta mujer admitía los dos Testamentos como divinos, lo que no hacían aquellos que, suponiendo la existencia de dos principios, el uno bueno, el otro malo, atribuían el Antiguo Testamento á este último. Pero como al otro lado de la *orante* hay un vaso eucarístico, nos inclinaríamos más bien á creer que los volúmenes expresan la constancia de esta cristiana en leer los Libros santos, como la custodia significa su celo por nutrirse del pan de los ángeles.

III. Aunque muy pronto el uso de los *libros* propiamente dichos se introdujese para copiar en ellos los Santos Evangelios que servían en la liturgia, se conservó, no obstante, algún tiempo todavía el de los *volúmenes* para las oraciones y los rituales de ciertas funciones eclesiásticas. El cardenal Casanata poseía algunos de estos *volúmenes*, que databan de los siglos IX y X, conteniendo la fórmula de la ordenación, así como los ritos del bautismo, la bendición de las fuentes y la del cirio pascual.

Hay también volúmenes de esta naturaleza en la Biblioteca Vaticana y en la Barberina. (Para los diferentes vasos donde se encerraban los volúmenes en la antigüedad, véase el artículo *Scrinia*.)

X.

XENODOCHIUM. — Véase el artículo *Hospitales*.

XEROPHAGIA.—Véanse los artículos *Comidas entre los primeros cristianos* y *Ayuno*.